

Cuestiones Políticas No. 17, 1996, 103 - 123
IEPDP - Facultad de Ciencias Jurídicas y
Políticas - LUZ • ISSN 0798-1406

Liderazgos personales y crisis de los partidos políticos en la actualidad latinoamericana: Carlos Menem y Rafael Caldera

Valia Pereira Almao*

Resumen

Los estudios sobre la realidad actual en América Latina han encontrado una estrecha relación entre crisis socioeconómica y política, medidas económicas de ajuste de impacto negativo sobre el bienestar de la población y liderazgos personales fuertes. Argentina con Carlos Menem desde 1989 y Venezuela con Rafael Caldera desde 1993 presentan tales rasgos. Este trabajo intenta un análisis comparado de los dos países mencionados para responder a las siguientes preguntas: ¿por qué surgen los liderazgos fuertes de Menem y Caldera?, ¿cuales son los factores responsables de los mismos?.

Carina Perelli (1995, 192) en su análisis sobre la evolución hacia prácticas de personalización en la política de América Latina, expone que el surgimiento de nuevos caudillos se vincula con la crisis del partido. Pero el presente trabajo muestra que, si bien es cierto que los liderazgos personales de Menem y Caldera aparecen en contextos generales de crisis económica y política, la crisis de los partidos no constituye un factor común en los dos casos analizados. La emergencia del liderazgo de Caldera se encuentra relacionada con la crisis de los partidos políticos tradicionales y en el surgimiento del liderazgo de Carlos Menem se observa una revalorización de los partidos políticos en la población y en las élites sociales y económicas.

Palabras claves: Democracia, Análisis Comparado, Liderazgo.

Recibido el 18/09/96 • Aceptado el 25/11/96

* Instituto de Estudios Políticos y Derecho Público. Universidad del Zulia.

Personalized leadership and the crisis of the political parties in Latin America: Carlos Menem and Rafael Caldera

Abstract

Studies of the current state of affairs in Latin America have found a close relationship between the socioeconomic and the political crisis, economic measures of adjustment that have a negative impact on the well-being of the population and strong personal leaders. Menem's leadership in Argentina, since 1989 and that of Rafael Caldera in Venezuela since 1993 offer two appropriate cases. This paper makes a comparative analysis of Venezuela and Argentina to answer the following questions: Why have Caldera and Menem emerged as strong leaders? What are the contributing factors to their emergence? Carina Perelli (1995, 192) in an analysis of the evolution and practices of personalization in the political activity of Latin America, states that the emergence of new leaders is related to the crisis of the party. In spite of this fact, this paper shows that, although it is true that Menem's and Caldera's personal leadership have emerged in a general context of economic and political crisis, the crisis of political parties is not a common factor in these cases. The emergence of Caldera's leadership is caused by the crisis of traditional political parties in Venezuela while Menem's leadership arose as a consequence of the reevaluation of political parties by the population in general and by the social and political elite.

Key words: Democracy, comparative analysis, leadership

Introducción

Desde finales de los años ochenta, los cambios ocurridos en algunos países latinoamericanos han llevado a los analistas a encontrar una estrecha relación entre crisis socioeconómica y política, medidas económicas de ajuste de impacto negativo sobre el bienestar de la población y liderazgos personales fuertes (Perelli y Zovatto, 1995; Cotler, 1995; Perelli 1995). Entre otros países, Argentina desde 1989 y Venezuela desde 1993 presentan tales rasgos junto a la emergencia de los liderazgos personales de Carlos Menem y Rafael Caldera respectivamente.

Este trabajo se propone desde una perspectiva de análisis comparado, responder a las siguientes preguntas: ¿por qué surgen los liderazgos fuertes de Menem y Caldera?, ¿cuales son los factores responsables de los mismos?. La contemporaneidad de sus liderazgos es sugerente, surgen entre finales de los ochenta y principios de los noventa en medio de graves crisis socioeconómicas y políticas, donde destacan fallidas medidas gubernamentales de ajuste económico para la superación de las crisis con repercusiones negativas para la población, medidas heterodoxas tomadas por Alfonsín en Argentina y ajuste severo neoliberal llevadas a cabo por Pérez en Venezuela.

Los antecedentes sociopolíticos mediatos fueron diferentes, inestabilidad institucional y prevalencia de gobiernos autoritarios en Argentina y regularidad democrática en Venezuela. Sin embargo, los antecedentes inmediatos difieren un tanto de esa situación, giro hacia la democracia en Argentina y un camino turbulento para la democracia venezolana debido al quebrantamiento de la regularidad consensual que la caracterizaba.

Luego entonces, ese marco general plantea procesos diferentes en ambos países que justifican la búsqueda de respuestas adecuadas a las interrogantes enunciadas para entender la inserción de esos líderes en los nuevos contextos políticos.

Lineamientos teóricos

Max Weber ofrece elementos pertinentes para el entendimiento de los liderazgos personales o carismáticos. En su distinción de la dominación carismática este autor expone que la fuerza del líder (carisma) descansa en cualidades personales excepcionales o extracotidianas que lo hacen ejemplar como jefe o líder, por las cuales lo valoran y aceptan los dominados o adeptos. La dominación carismática está exenta de toda regla, no es racional, como si lo es la dominación burocrática que está regida por reglas (Weber 1944: I-193/195).

La validez del liderazgo carismático está ligada al reconocimiento de los dominados, quienes por corroboración de las cualidades del líder mantienen su fe y entusiasmo. Si las ejecutorias del líder no satisfacen el bienestar de los dominados su autoridad carismática puede disiparse. La dominación carismática simplifica la interacción de los oponentes, en virtud de que una vez producido el reconocimiento por parte de la

comunidad, como oponente sólo está "la injuria sujeta a expiación" (Weber, 1944: I-194-/195).

La dominación carismática para Weber es de carácter extraordinario o fuera de lo cotidiano y cuando se "rutiniza", es decir se hace continua o permanente, se debe a la persistencia de los intereses de la comunidad y/o de su organización administrativa (Weber, 1944: I-197).

De esas consideraciones se desprenden dos aspectos importantes para el presente trabajo referidas a la transitoriedad y a la rutinización del liderazgo carismático. Si el liderazgo carismático es extracotidiano, su presencia se vincularía también a contextos extracotidianos dentro de los cuales se produciría la valoración de la comunidad (los intereses de la comunidad de los cuales habla Weber). Así, la superación de las condiciones extracotidianas pudieran regular la permanencia del líder (Transitoriedad). Encaja en esta apreciación, el señalamiento de Weber en torno al impacto exitoso del carisma sobre la economía, debido a que su fuerza suele ser "revolucionaria"¹. Puede entenderse entonces, que uno de los escenarios extracotidianos tenga que ver con graves crisis económicas.

El segundo aspecto, la rutinización de la dominación carismática, plantea el problema de la sucesión y la reproducción de las cualidades personales del antiguo líder. Una de las formas más frecuentes de continuidad es la sucesión hecha por el portador del carisma sobre un nuevo líder y su reconocimiento por la comunidad (Weber, 1944: I-198). Ese estilo de sucesión puede debilitarse si el nuevo líder no desarrolla sus propias capacidades carismáticas para obtener el reconocimiento de la comunidad o de la organización administrativa.

Es necesario tener en cuenta para el análisis que se plantea que en sociedades "modernas", por llamar de algún modo al período histórico por el cual atraviesan Argentina y Venezuela, a finales del siglo XX y con procesos económicos donde prevalecen relaciones capitalistas, industrialización y urbanización, es decir que se han expuesto a procesos que identifican al mundo moderno, aún cuando sus niveles de

1 Dice Weber: "La fuerza del carisma, por lo general poderosamente revolucionaria también en el campo de la economía -al principio frecuentemente destructiva, en cuanto que, en lo posible, es nueva y sin supuestos- se cambia entonces en lo contrario de su acción inicial" (WEBER 1944, I-204).

desarrollo y realizaciones no los equiparen al mundo plenamente desarrollado, cabe esperar que la fuerza de los liderazgos personales no descansen totalmente en concepciones “divinas o extra-naturales”, sino que se conjuguen de manera compleja procesos materiales y culturales, así como también un mayor nivel de estructuración del Estado y de las normas que regulan a la sociedad, de manera tal que el líder puede tener una alta discrecionalidad, según el caso, pero ella no es absoluta. Por otra parte, existen oponentes con capacidad de modificar las cosas, que según la realidad que se trate, desarrollarán mayores o menores capacidades y posibilidades de impactar la situación.

Carina Perelli (1995: 192) en su análisis sobre la evolución hacia prácticas de personalización en la política de América Latina, expone que el surgimiento de nuevos caudillos deviene de la conjunción de los siguientes factores: crisis del partido, desconfianza en los liderazgos anteriores, necesidad de un mensaje de esperanza para la población, existencia de personalidades dispuestas a ejercer un liderazgo sin ataduras, de fácil comunicación con la masa y manejo de los medios de información, con proposiciones, vagas, pragmáticas, que tiene en cuenta a los intereses populares y disposición a la negociación.

Esos aspectos destacan los efectos que de manera inmediata están presentes en muchas realidades de Latinoamérica, pero son los contextos mediatos los que mejor pueden clarificar la cualidad de inserción de esos liderazgos personales en sus respectivas sociedades, es decir, si tales liderazgos implicarán un estilo político que pueda tener continuidad o no, si podrán rutinizarse o constituir sólo un hecho extraordinario o fuera de lo cotidiano, en palabras de Weber.

En el presente trabajo se explora fundamentalmente al problema de la crisis del partido en el advenimiento de los liderazgos de Menem y Caldera. El resto de los aspectos expuestos por Perelli, se tocan en algunos casos supeditados a esa temática principal.

La realidad política en Argentina

Desde 1966 hasta 1983 Argentina transitó 14 años bajo regímenes militares, de los cuales los últimos 7 años, entre 1976 y 1983, fueron los más severos. En los otros 3 años entre 1973 y 1976, tuvo un gobierno electo de naturaleza peronista. Esto señala que durante ese lapso no hubo una exposición de la población a un proceso formal continuo de competencia interpartidista democrática.

Sin embargo, a pesar de la existencia de partidos políticos en Argentina desde finales del siglo pasado², hasta los años setenta estos no habían constituido un sistema de partidos en sentido estricto.

Tanto el radicalismo (Unión Cívica Radical, UCR) como el peronismo (Partido Justicialista, PJ) se constituyeron como movimientos hegemónicos, esto es, no concebían a los procesos electorales como los únicos mecanismos de acceso al poder, se debilitaban en la oposición y adquirirían mayor importancia los líderes que la organización y su orientación ideológica, es decir, mantuvieron una débil institucionalización del partido (McGuire, 1995: 201).

Eran partidos que pretendían el poder y la aniquilación del otro, utilizando para ello cualquier tipo de prácticas, institucionales o no³, aún cuando tales prácticas se revirtieran sobre si mismos. Ese comportamiento entorpecía la conformación de una identidad democrática en el país al debilitar los lazos entre las clases sociales y los partidos políticos, al mismo tiempo que no permitía el desarrollo de una cultura democrática como marco de referencia para todas las instancias de la sociedad (McGuire, 1995: 201).

- 2 El primer partido de Argentina, el Partido Autonomista Nacional existió desde 1880 hasta 1909, fue un partido oligárquico regional, conservador, que agrupó a los terratenientes de la Pampa y no fue una organización de movilización popular (McGUIRE 1995,203-4), pero controló los asuntos provinciales y al Ejecutivo Nacional (CAVAROZZI 1996,4). La Unión Cívica Radical (UCR) desde 1890 constituía la oposición a la oligarquía y había participado en rebeliones militares (CAVAROZZI 1996,4). En 1916 la UCR alcanza la presidencia para su máximo líder Hipólito Yrigoyen. El Peronismo se desarrolló a partir de los años cuarenta y logró polarizar al país entre peronistas y antiperonistas (McGUIRE 1995,203-4).
- 3 Por ejemplo, el radicalismo avaló la proscripción del peronismo en 1955 por parte del gobierno militar que derrocó a Péron ese mismo año. Proscrito el peronismo, sus adherentes conformaron otras agrupaciones incluso de izquierda. También el radicalismo conformó nuevas agrupaciones y se dispersó. Es por ello que en las elecciones nacionales de 1958 y 1963 se aprecia la ausencia de ambos partidos como bloques de referencia y la votación se encuentra mas dispersa entre varias alternativas partidistas que aglutinaron la fragmentación de los dos bloques. Asimismo, puede señalarse la contribución devastadora de Perón en el debilitamiento del partido peronista y los fracasos del Partido Laborista y del proyecto de partido de Vandor (McGUIRE 1995,218). También cabe destacar la colaboración por inercia del radicalismo en el deterioro del gobierno de Isabel Perón, cuyo colapso abrió paso a una de las dictaduras mas crueles en la historia de Argentina (1976-1983).

La conducta política antes referida se reflejaba en dos obstáculos principales que impedían la posibilidad de consolidar la democracia. El primero de esos obstáculos fue que los partidos políticos en Argentina no estrecharon lazos fuertes con las clases sociales, permitiendo que éstas desarrollaran sus propios canales de influencia y de gestión de demandas (caso de los propietarios de tierras a través de la Sociedad Rural Argentina y los trabajadores en la Confederación General del Trabajo).

El segundo obstáculo se refiere a la imposibilidad de generar una cultura democrática que permitiera la solidificación de lealtades partidistas y de apego a las reglas del juego político de la democracia, a pesar de que el peronismo y el radicalismo tradicionalmente se han repartido las preferencias de los argentinos. Si se observan los procesos electorales presidenciales desde 1946 hasta 1983 puede constatarse que ellos han polarizado al electorado (en los procesos de 1958 y 1963 se desprendieron del peronismo y del radicalismo nuevas agrupaciones políticas que dispersaron la votación con respecto a otros procesos electorales). En las elecciones de 1946 y 1951 el peronismo y el radicalismo polarizaron más del 90% del electorado, en las elecciones de marzo del 73 la polarización fue de 71% y en las de septiembre del 73 y 1983 fue superior a 80%⁴.

Asimismo, cabe mencionar como hecho importante que refleja fuertes adhesiones partidistas, que la población argentina se movilizaba a votar masivamente. Así entre 1951 y 1973 la población que se movilizó a votar sobrepasó en todos los casos al 80% de la población votante registrada⁵.

Esas cifras son indicadoras de la alta interiorización del peronismo y el radicalismo en las actitudes políticas de la población argentina. Pero esa adhesión ha sido de carácter movimentista, excluyente y de fuertes

4 Porcentajes calculados en base a las cifras porcentuales ofrecidas por McGuire (1995,141-Table 7.2)

5 Sin embargo, según manifiesta Cavarozzi (1995,11), citando a Halperin Donghi, Perón no se preocupó por relegitimar a la política argentina en base al sufragio universal, concibió los votos como la manifestación de obediencia a su liderazgo (plebiscitarismo), " el reconocimiento nacido de la entrega a la revelación, de la reverencia por el héroe, de la confianza en el jefe, por parte de los dominados" diría Weber (1944,194).

arraigos en las figuras personales de sus líderes. El ejemplo resulta claro con el peronismo que ha generado una fuerte identificación en la población ligada a la figura de Perón y débil respecto del partido (McGuire, 1995: 201) y del apego a los procesos electorales hasta 1983. Es así como la presencia de líderes fuertes se profundizaba en el aprendizaje político, desde Hipólito Yrigoyen hasta Juan Domingo Perón y Eva Perón los liderazgos personales fuertes marcarían las referencias políticas de una gran parte de los argentinos, quedando como legado una práctica política de carácter autoritario y personalista (durante su primer mandato Perón absorbió el poder legislativo y enmendó la Constitución para permitir su reelección).

No obstante las históricas adhesiones de la población argentina al peronismo y al radicalismo también han estado vinculadas a los legados ideológicos que las prácticas políticas han generado, en relación a los compromisos distributivos del Estado a través del populismo con el cual es reconocida la obra de Perón y el oposicionismo ejercido por el radicalismo. Suerte de querellas y conflictos permanentes entre ambos movimientos que han signado la historia política de Argentina por casi cuarenta años. Estos hechos, junto a la fuerza de los liderazgos personales han sido los pilares de la consolidación de las lealtades partidistas de la población argentina.

Sin embargo, la existencia de adhesiones partidistas fuertes pueden constituirse en condicionantes positivos para la construcción de identificaciones partidistas propiamente dichas y más sólidas, más allá de los liderazgos personales, con la organización y dentro de un marco competitivo y no de oposición catastrófica.

Pero, dada la relevancia que lograron adquirir los liderazgos carismáticos en Argentina, estos eludieron la prevalencia de reglas institucionales que limitaran la expresión personal. De esa forma, el juego político se definió en función de alineamientos con la máxima autoridad personal, quien manejaba hábilmente la organización partidista.

Tal situación enervaba los conflictos partidistas internos y con los adeptos al momento de decidir la sucesión, ya que al no existir reglas institucionalizadas para definirla, ella quedaba sujeta a la aquiescencia del líder. En tiempos en que el gobierno militar llama a elecciones pero impidiéndole a Perón su nominación para la presidencia, Héctor Cámpora, con el respaldo de Perón, ganó las elecciones en marzo de 1973

con el 50% de los votos sobre Balbín (UCR) quien sólo obtuvo el 20% de la votación. El gobierno de Cámpora fracasó en medio de violentas confrontaciones entre la izquierda y derecha peronista que no lograron ser controladas. Siguiendo a Weber, el nuevo gobernante no logró afianzarse en su liderazgo y por tanto no se reafirmó en la comunidad. En virtud de la crisis, en septiembre de ese mismo año 1973 se llamó nuevamente a elecciones, y el dominio de Perón se hizo sentir nuevamente y resultó candidato presidencial con su esposa, Isabel Perón, candidata a la vicepresidencia y obtuvieron el triunfo con el 62% de los votantes, mientras que Balbín obtuvo el 24% (McGuire, 1995: 218-241).

Puede observarse, que aunque se intentó la producción de la lógica sucesoral a la que pueden dar lugar los liderazgos carismáticos, ésta se encontró obstaculizada, en razón de la fragmentación de la organización que sólo logró cierta cohesión con la autoridad personal válida (la receptora del reconocimiento) y por la complejidad de intereses y contradicciones de clase en la sociedad Argentina que producía regímenes militares como mecanismos de "estabilización", debido a que la ausencia de reglas claras y compartidas del juego político enturbiaba la actividad política.

En el caso argentino los mecanismos de estabilización y continuidad política no regulaban la competitividad interpartidista antes de 1983. Una de las reglas más caras del juego político democrático, el reconocimiento de la existencia del oponente, no se producía y ello no colaboraba a generar estabilidad. Mientras al oponente se le considere "la injuria sujeta a expiación", la búsqueda de su aniquilamiento será recurrente y, como se observó anteriormente, la competitividad democrática del sistema de partidos no se podrá desarrollar.

No fue sino hasta los años setenta cuando el peronismo y el radicalismo asumieron posturas que los colocaron en el camino de constituirse en un sistema de partidos (McGuire, 1995: 222): mejoraron sus relaciones (coalición la Hora del Pueblo, acercamiento amistoso Perón-Balbín) y descartaron la salida militarista como vía de aniquilación del otro, es decir, ya no pretendían eliminar al otro del juego político.

Es así como en 1983 se observa la presencia de un juego competitivo de partidos en Argentina. El triunfo del radicalismo con Alfonsín como candidato presidencial expresa la superación de los viejos enfrentamientos. La sucesión presidencial entre Alfonsín y Menem en 1989

muestra una continuidad democrática nunca antes vivida en Argentina, no obstante que Menem llega al poder dentro de una aguda crisis y un fuerte criticismo al gobierno de Alfonsín, debido al desmejoramiento de la situación económica y al fracaso de las medidas de ajuste que provocaron un proceso de hiperinflación. A tono con la gravedad de la situación Alfonsín adelanta la toma de posesión de Menem.

La realidad política en Venezuela

En el caso de Venezuela la institucionalización de los partidos venía desarrollándose parcialmente desde antes de 1958, año en que se inicia el período democrático con el derrocamiento por parte de una Junta Cívico-Militar de la última dictadura militar que ha tenido el país hasta la fecha. Desde los años cuarenta los partidos políticos ya jugaban un papel importante, aunque no del todo dentro de pautas enteramente democráticas, se exponían a la competencia electoral y se preocupaban por consolidar la organización partidista (Partido Comunista de Venezuela, Acción Democrática, COPEI, Unión Republicana Democrática), no todos ellos tenían como objetivo final la construcción democrática (PCV) y no todos buscaban el poder por la estricta vía electoral (AD y el golpe militar de 1945). La definitiva institucionalización de los partidos se produce a partir del derrocamiento de la dictadura del General Marcos Pérez Jiménez en 1958.

A partir de 1958 la democracia se inicia bajo condiciones de inestabilidad (amenaza desestabilizadora de los partidos y grupos de izquierda, entre ellos el PCV y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, surgida de una división de AD) que logran ser conjuradas y definitivamente pacificadas en el gobierno de Rafael Caldera (1968-1973).

El soporte político fundamental que permitió la consolidación democrática fue el pacto institucional entre AD, COPEI, URD (quedó excluido el PCV), los sectores económicos, laborales y militares que se realizó en 1958 (Pacto de Punto Fijo). Con algunas variantes (extinción de URD y no beligerancia militar) el pactismo se mantiene durante el transcurso del desarrollo democrático como instrumento generador del consenso (manejo eficiente de la negociación distributiva, resolución del conflicto, oposición limitada y mantenimiento de cuotas de poder).

La renta petrolera le otorgó suficiente holgura económica al Estado para aplicar políticas distributivas, ampliar su tamaño y elevar el intervencionismo. De esa forma el pacto sostenido y el rentismo estatal

constituyeron los mecanismos fundamentales que legitimaron el ordenamiento democrático: fueron conjurados los movimientos desestabilizadores, el espacio político fue ocupado por los partidos predominantes (AD y COPEI), se garantizó el poder del Estado a las élites políticas y se desarrolló una fuerte estructura clientelar como mecanismo proveedor de arreglos políticos y sociales (Rey, 1988; Rey, 1992; Molina, Pereira y Vaidvas, 1995:144-45).

La consolidación del sistema de partidos en Venezuela se expresó en los siguientes comportamientos: a- una absoluta regularidad en los procesos electorales, los cuales se convirtieron en la única vía de acceso al poder de los partidos políticos, sucediéndose en el poder hasta 1988 siete presidentes legítimamente electos y alternabilidad AD- COPEI (cinco presidentes de AD y dos de COPEI), b- los partidos políticos venezolanos no se debilitaban en la oposición, el pactismo les impedía una oposición radical y les permitía mantener cuotas de poder en el reparto de posiciones en las distintas áreas, esto es, no se orientaban por la aniquilación del otro sino por la convivencia pacífica y la negociación de espacios y c- cultivaron la institucionalización del partido, prevalecía la organización y su orientación ideológica, aún cuando cada partido tenía líderes de elevada influencia (Rómulo Betancourt, Carlos Andrés Pérez, Rafael Caldera).

Esa institucionalización democrática posibilitó una estrecha relación entre los partidos y las clases sociales, produciéndose una adhesión de los distintos sectores económicos y sociales a las reglas del juego electoral y de la gestión y distribución de beneficios. Esa situación se manifestó en una alta discrecionalidad de las élites políticas gobernantes, de los partidos mayoritarios (AD, COPEI), FEDECAMARAS (organización que aglutina a los sectores económicos) y la Confederación de Trabajadores de Venezuela (holgadamente controlada por el sindicalismo de AD), los cuales, adjudicándose la representación, mediaban el proceso de distribución de beneficios, reducían el conflicto social y promovían el consenso en torno a las medidas económicas y sociales gubernamentales (Borges, 1992).

Asimismo, se desarrolló una cultura democrática a través de una fuerte identificación partidista y con los valores de la democracia como forma de gobierno. Conjurada la inestabilidad de los años sesenta, se produce a partir de 1973 una alta participación electoral, bipartidización del electorado en torno a AD y COPEI, debilidad y precaria importancia

de otras alternativas partidistas, y el uso del “voto castigo” (voto contra el otro) para canalizar la disidencia y rechazar a los malos gobiernos. De esa forma manifestaba la población su adhesión y aceptación de las reglas del juego político y electoral.

El decaimiento de los ingresos petroleros y los abultados compromisos que generaba la deuda externa (el endeudamiento externo se inició bajo el primer mandato de Pérez, 1973-78), unido a los desaciertos en las gestiones económicas y sociales de los distintos gobiernos, mermaron tanto la capacidad distributiva de las élites políticas desde el Estado, como la eficiencia clientelar de los partidos políticos tradicionales. Es así como desde 1983 se venía gestando una profunda crisis, que se venía ocultando y morigerando a través del proteccionismo estatal, el clientelismo y eficientes campañas comunicacionales (gobiernos de Luis Herrera y Jaime Lusinchi), pero que se hizo insostenible a partir de 1989 (muy bajas reservas internacionales, decaimiento de los precios del petróleo, moneda sobrevaluada, ineficiencia de las empresas públicas, entre otros).

Los correctivos que adopta el gobierno de Pérez se inscribieron dentro de un ajuste neoliberal severo, lo cual sorprende a la población que esperaba de su gobierno medidas cónsonas con los ofrecimientos y compromisos de bienestar que había anunciado en su campaña electoral de 1988. La orientación de su campaña electoral hizo florecer grandes expectativas afincadas en las ilusiones de prosperidad de su anterior gobierno y le proporcionó la más alta votación que ningún otro candidato presidencial haya obtenido en el país en el período democrático.

Esas medidas de ajuste dramatizaron el impacto de la crisis sobre la población, produciéndose un fuerte desmejoramiento de su nivel de vida y la expansión de la desilusión del venezolano respecto de lo político (aumenta el criticismo, la desconfianza en las instituciones políticas, la protesta social y la violencia). Como consecuencia, se altera la regularidad democrática anterior y se producen los sangrientos sucesos de febrero del 89, dos intentos de golpes militares que fueron controlados por el gobierno de Pérez y la interrupción de su mandato por una suspensión emanada del Congreso Nacional en 1993 para ser sometido a juicio por malversación de fondos públicos y nombramiento del gobierno transitorio del Dr. Ramón J. Velázquez hasta las elecciones de diciembre 93. Sucesos desestabilizadores y quebrantadores de la

rutina democrática no se veían en el país desde los años sesenta. Tal situación marca el deterioro del estilo populista de conciliación (Rey, 1991) que había signado el consenso democrático hasta 1989.

Otra expresión contundente de esa ruptura se evidenció a nivel electoral con la desmembración del bipartidismo y la dispersión de los votantes en los comicios nacionales de 1993. El voto parlamentario se dispersó entre varios partidos, AD (23.3%), COPEI (22.6%), MAS (10.8%), La Causa R (20.7%) y Convergencia Nacional (13.6%). Aumentó la abstención en un electorado que acostumbraba a asistir masivamente a los comicios (alcanzó a 39.8% y en 1988 fue de 18.31%)⁶. Ganó las elecciones Rafael Caldera por un estrecho margen (30.45 % de la votación) con respecto a sus otros tres contrincantes (Claudio Fermín: AD, Oswaldo Alvarez Paz: COPEI y Andrés Velázquez: La Causa Radical). Caldera provenía de COPEI pero estaba distanciado del mismo y estuvo estrechamente ligado a los procesos de gestación y consolidación de la democracia venezolana. Mantuvo una fuerte oposición hacia AD y COPEI y fue apoyado por MAS, Convergencia y otros grupos minoritarios.

Análisis comprensivo

El proceso que desemboca en Argentina con las elecciones de 1983, deviene del fracaso del régimen autoritario militarista (1976-1983), en virtud de la violencia represiva que desató, la impericia en la aplicación de las reformas económicas liberales (mal manejo de los créditos externos e incremento de los gastos militares), la derrota en la guerra de las Malvinas, las pugnas dentro de las fuerzas armadas y el aventurerismo militar que se desató en los años finales del régimen. Ese deterioro dejó a la élite militar en el poder huérfana del apoyo de las élites sociales y económicas relevantes (Cavarozzi, 1995:17-20).

De acuerdo al planteamiento de Cavarozzi (1995:18), el agotamiento del régimen militar implicó la pérdida de credibilidad de las fuerzas armadas y al mismo tiempo la ruptura del equilibrio inestable entre regímenes semidemocráticos y autoritarios (lo que antes se mencionó como el papel de "estabilización" que cumplían los regímenes

6 Estadísticas del Consejo Supremo Electora. Caracas, 1994.

autoritarios militaristas en Argentina), además que significó el agotamiento de la matriz estado-céntrica que venía definiendo a la política argentina desde 1930, según la cual tanto los conflictos distributivos como los espacios y problemas de la sociedad civil (educación, trabajo, etc.) se dilucidaban en el Estado. Esa centralidad estatal implicaba proteccionismo económico y asistencialismo social y era la forma mediante la cual los gobernantes ejercían su discrecionalidad (Ej. populismo de Perón).

Tal situación implicó entonces que la población argentina revalorizara a la democracia (Cavarozzi, 1995:18). Esa apreciación se refrenda en una cifras presentadas por McGuire (1995: 223) sobre la valoración de los partidos en Argentina en encuestas administradas en 1984 y 1988, según las cuales el 84% y 63% respectivamente de los entrevistados evaluó en positivo a los partidos políticos. En otros estudios empíricos hay también evidencias de la valoración de la democracia, según ellos para 1988 las encuestas revelaban que el 62 % de los entrevistados estaban en desacuerdo con la eficiencia de los gobiernos militares y un 79 % expresaba que el mejor sistema político es uno basado en elecciones periódicas (Catterberg, 1991: 34-41).

Por otra parte, la tendencia a participar masivamente en elecciones presidenciales se mantuvo y el 84% de la población registrada se movilizó a votar tanto en 1983 como en 1989 (McGuire, 1995: 240).

Luego entonces, la emergencia del liderazgo de Menem y su ascenso al poder se vincula jerárquicamente a los aspectos más estructurales de la política argentina: el agotamiento de las salidas militaristas, el desvanecimiento de la matriz estado céntrica y la revalorización de la democracia y los partidos. Tales factores fueron los que permitieron que el descontento por la crisis económica prevaleciente se canalizara por la vía de la alternabilidad partidista, apoyada por las viejas adhesiones de la población al peronismo.

Así mismo, la socialización política ligada a la presencia de liderazgos fuertes, constituía un buen potenciador del acrecentamiento de la personalidad de Menem en las percepciones de los argentinos. Sin embargo, Menem no era un candidato anti-partido, su respaldo inicial provenía del sector sindical del peronismo (sector conservador y de gran arraigo en el peronismo) y también era apoyado por los líderes peronistas de las provincias pobres del noreste argentino y se mantuvo dentro

del tradicional estilo peronista en su campaña, propuso la implementación de un “salariazó”, la moratoria de la deuda y la recuperación de las Malvinas, además se mantuvo crítico frente al radicalismo (Perelli, 1995:193; Cavarozzi, 1995: 36).

Aplicando el criterio de Cavarozzi, también puede entenderse que el deterioro de la democracia populista de conciliación en Venezuela implica también un proceso de agotamiento de la matriz estado-céntrica (aunque no totalmente agotada todavía debido al rentismo petrolero), debido a que el Estado tenía y sigue teniendo en la actualidad una gran incidencia en la vida del país en todos los órdenes, tanto en lo que respecta al proteccionismo económico, como a la distribución de la riqueza, la resolución de los conflictos sociales, el asistencialismo y diversos aspectos de la sociedad civil donde el Estado y los partidos políticos habían construido una red clientelar, que en los actuales momentos es difícil mantener dada las limitaciones económicas y las altas demandas de los diferentes sectores sociales.

Las salidas militaristas se agotaron en “cámara rápida”, dada la institucionalización de las fuerzas armadas y sus profundos nexos con las élites políticas, las asonadas militares fueron conjuradas rápidamente y la posterior inserción de los militares golpistas en la dinámica política del país (con los recursos del medio político y no de las armas), se redujo la popularidad que habían logrado en el gobierno de Pérez desde 1992. Lo cual verifica que esa popularidad no fue sólida, en el sentido que no favorecía a salidas autoritarias sino que expresaba el rechazo al gobierno de Pérez y el criticismo que desató la disolución de la lógica de adjudicación de beneficios del período de la consolidación democrática.

Luego entonces, se hace evidente el cambio de las condiciones políticas en Venezuela. Se produce desalineamiento partidista respecto a la anterior bipartidización AD-COPEI. Adquieren relevancia otras alternativas partidistas de distintos matices ideológicos (Convergencia Nacional: el partido de Caldera, de centro, Movimiento al Socialismo: centro-izquierda y La Causa Radical: de procedencia izquierdista radical, pero que públicamente se mantiene ideológicamente indefinido) y descende la participación electoral.

Asimismo, los partidos políticos tradicionales disminuyeron su influencia sobre la conducta política de la población. En estudios de opinión se reporta que para 1993 el 53.3 % de los entrevistados se

declararon independientes y el 51.5 % evaluó a la democracia entre mala y muy mala (Pereira, 1996: 5-11). No obstante, el 92 % de los entrevistados por DATANALYSIS en 1993 manifestó sus preferencias por la democracia.

En síntesis el distanciamiento de los venezolanos de los partidos políticos produce un mayor criticismo e indiferencia hacia el medio público porque quedan más expuestos a las eventualidades de la crisis (racionalidad en el sentido del Public Choice) en el proceso de valoración y elaboración de sus apreciaciones políticas (Pereira, 1996).

En ese contexto se produjo el surgimiento del liderazgo personal de Rafael Caldera y se quebró la antigua alternabilidad presidencial AD-COPEI. De allí que, la emergencia del liderazgo de Caldera esté ligado a aspectos estructurales de la política venezolana que se envuelven en la crisis económica y las medidas de ajuste de Pérez: el debilitamiento de la matriz estado-céntrica, el quebrantamiento de la base consensual de la democracia venezolana que se manifiesta en la descredibilidad, apatía y criticismo frente al medio público, los partidos políticos y otras instituciones de la democracia.

Pero el resquebrajamiento de la salida militarista, las preferencias democráticas de la población y la vinculación de los sectores económicos a las élites políticas del país que no se aventuraron en la opción del régimen de facto, se constituyeron en factores atenuantes de la situación de riesgo de la democracia venezolana.

El gobierno transitorio de Velázquez fue exitoso porque logró contener al país hasta las elecciones de diciembre de 1993, donde se pusieron de manifiesto los logros de la socialización política previa de los venezolanos y, aunque descendió la participación electoral, no se plegaron a salidas no institucionales y parte del electorado se inclinó por un candidato presidencial que, a pesar de su mensaje contra los partidos AD y COPEI, representaba el orden y la democracia, en virtud de que Caldera era un personaje ligado a procesos fundamentales de la consolidación democrática del país y que irradiaba una fuerte imagen de honestidad.

En la misma línea de Menem, Caldera propuso medidas que considerarían a los intereses populares y, por otra parte, rechazó las medidas de ajuste neoliberal de Pérez y los acuerdos con el FMI.

Luego entonces, hay crisis de los partidos en el caso venezolano

porque hay una desvalorización de lo político y un agotamiento de las capacidades de aquellos para reinsertarse en la población dentro de un patrón diferente al clientelar anterior, pero la población continúa prefiriendo a la democracia. En Argentina se ha producido lo contrario, es decir un proceso de revalorización de los partidos y de la democracia. Se evidencia para el caso de Argentina, que la fuerza del liderazgo de Menem se afincó en un proceso de revalorización de lo político, mientras que para Venezuela es lo contrario, es decir, el liderazgo de Caldera se apoyó en un proceso de desvalorización de lo político.

Ambos líderes pueden ser considerados salvacionistas, en el sentido de que fueron promovidos en momentos críticos de ambos países, en donde las necesidades de cambio se evidenciaban en todos los sentidos. El agotamiento de la matriz-estado céntrica impone un reacomodo que todavía no es fácil vislumbrar, de allí la posibilidad de que ambos líderes constituyan el enlace de un proceso de transición, donde sus extraordinarios (fuera de lo cotidiano en el sentido de Weber) liderazgos pueda conducir a una nueva regularización e institucionalización de la política, dentro del ordenamiento democrático.

Resulta interesante observar que esos líderes una vez en el poder no han seguido los lineamientos propuestos en sus campañas electorales, lo cual ratifica la precisión de Weber sobre las posibilidades de los líderes carismáticos para realizar cambios revolucionarios. Tanto Caldera como Menem se han distanciado de esas promesas y se encuentran realizando cambios económicos y sociales trascendentes con éxito relativo en el control de la protesta social y de la negociación.

Aún cuando Menem enfrenta problemas de protesta social y distanciamiento del partido peronista de los lineamientos de su gobierno en su segundo mandato, que se inició en 1995, ha llevado a cabo reformas económicas y sociales de impacto significativo sobre el estilo tradicional de comportamiento de la matriz estadocéntrica en Argentina (audaz programa de privatizaciones, impulsa una reforma laboral que elimina antiguos derechos de los trabajadores y reduce el poder de los sindicatos, entre otras).

En el mismo sentido, el gobierno de Caldera en Venezuela se dirige a acordar con el Fondo Monetario Internacional una carta de intención que implicará la adopción de medidas de liberalización económica y de reducción del gasto público (involucrarían aumento de la gasolina y

modificación del sistema de prestaciones sociales) sin embargo, algunos medios de comunicación difunden sondeos de opinión pública que muestran la aceptación de esos posibles acuerdos por parte de los entrevistados. Por otra parte, el gobierno ha mantenido su orientación hacia la negociación sobre todo con los actores principales de la actividad económica, FEDECAMARAS y CTV, en la búsqueda de consenso para sus políticas. Todavía la situación futura se prevé difícil debido al deteriorado del nivel de vida de la población y a que el avance de las medidas económicas impactarán con seguridad negativamente a la población en circunstancias de restricción del gasto público

Conclusiones

Si bien es cierto que los liderazgos personales de Menem y Caldera aparecen en contextos generales de crisis económica y política, la crisis de los partidos no constituye un factor común en los dos casos analizados. Sólo la emergencia del liderazgo de Caldera se encuentra vinculado a una crisis de los partidos tradicionales.

El liderazgo de Menem no se afina en una crisis de los partidos sino en una revalorización de los mismos por parte de la población y de las élites sociales y económicas. Esto refuta la generalización hecha por Carina Perelli sintetizada en las páginas iniciales del presente trabajo.

Puede sostenerse que ante el debilitamiento y pérdida de apoyo de los partidos políticos tradicionales, como lo refleja el caso venezolano con el surgimiento del liderazgo de Rafael Caldera, se abre la oportunidad para la emergencia de liderazgos externos. Aunque Caldera no era un personaje ajeno a la política tradicional venezolana, ya que fue fundador principal de COPEI, Presidente de la República en el período 1968-73 por ese partido y varias veces candidato presidencial de esa misma agrupación política; en los últimos años previos a 1989 se había distanciado de COPEI y mantenía una posición pública contra los partidos tradicionales. Esto indica que Caldera, para el momento de su emergencia como líder a finales de los ochenta, era un personaje externo a los partidos tradicionales pero no un "outsider".

Puede establecerse que la crisis de los partidos puede llevar al surgimiento de líderes externos (Rafael Caldera) y a "outsiders" como bien podría entenderse el caso de Fujimori en Perú (Cotler, 1995: 117-141). Pero no es la crisis del partido una condición indispensable para el surgimiento de liderazgos personales fuertes como lo señala el

caso de Menem. En Argentina los partidos políticos se estaban revalorizando como instituciones de la democracia y Menem no era anti-partido, provenía de las filas del peronismo y logró un liderazgo que trascendió al partido.

Las apreciaciones de Max Weber respecto a la extracotidianidad de los liderazgos personales se corrobora en los casos de Menem y Caldera. Ambos líderes emergen dentro de críticas situaciones límites donde las salidas militaristas perdieron vigencia, debido al fracaso de la dictadura militar en Argentina que no se recupera como opción en el período de crisis de Alfonsín y por aniquilamiento al pretender nacer en el caso venezolano. Los sectores económicos en ambos países no jugaron la carta de la salida militarista como mecanismo de estabilización.

En esas circunstancias la socialización política previa ejerció su influencia. La histórica adhesión de los argentinos al radicalismo y al peronismo muestra sus potencialidades en la emergencia de la democracia, al presentarse como opciones partidistas competitivas. Por su parte los venezolanos largamente expuestos a la competencia interpartidista en elecciones nacionales frecuentes y que prefieren a la democracia, favorecieron la permanencia de la institucionalidad democrática. Es así como ambos líderes adquieren cualidades "salvacionistas" en la resolución de la continuidad política. Ellos se articulan a contextos institucionales⁷, sobre los cuales no pretenden una acción devastadora, en el sentido de que no buscan revertir el proceso democrático.

Independientemente del destino de esos liderazgos es claro que ya han logrado una gran parte de su función extracotidiana, la que se refiere a la irreversibilidad de los cambios económicos que se han propuesto y que los gobernantes que les precedieron no pudieron ejecutar exitosamente.

Por otra parte, la sucesión que señala Weber para el estilo de

7 Menem acordó con el radicalismo la reforma constitucional para permitir la reelección y pretender su segundo mandato en 1995, lo cual logró. A pesar de su aspiración personal de reelección, ella estuvo canalizada en la institucionalidad del país a través de la negociación con sus oponentes. También Caldera ha preferido el arduo camino de la negociación para manejar tanto a la mayoría que le adversa en el Parlamento, como a los diferentes sectores sociales y económicos, a los fines de lograr consenso para sus ejecutorias.

liderazgo carismático, por extensión de la voluntad del líder receptor del reconocimiento de la comunidad a otro, es difícil que cristalice en condiciones de predominio institucional y de juego competitivo de partidos en ambos países. Tales factores reducen la discrecionalidad de los liderazgos considerados en el presente trabajo. Sin embargo, la persistencia de la crisis o de los componentes que potencian el descontento junto a la obturación de las salidas militaristas podrían seguir presionando hacia el reconocimiento de liderazgos excepcionales en el futuro inmediato.

Bibliografía

- BORGES, Welkis (1992). El modelo político venezolano: los fundamentos del consenso y la realidad actual. **Cuestiones Políticas**. No. 9. Maracaibo: LUZ.
- CATTERBERG, Edgardo (1991). **Argentina confronts politics. Political culture and public opinion in the argentine transition to democracy**. Lynne Rienner Publishers and Boulder & London. Colorado/London.
- CAVAROZZI, Marcelo (1995). *Oportunidades perdidas y aprendizajes en curso: la política Argentina*. Mimeografiado. México: Flacso.
- COTLER, Julio (1995). Crisis política, outsiders y democradura: el "Fujimorismo". **Partidos Políticos y Clase Política en América Latina en los 90**. Comp. Perelli, C., Picado, S. y Zovatto, D. San José de Costa Rica: IIDH-CAPEL, p. 117-141.
- MOLINA, José, PEREIRA, Valia, VAIVADS, Henry (1995). *¿Puede superar la democracia venezolana su crisis?. El papel de los partidos políticos*. **Partidos Políticos y Clase Política en América Latina en los 90**. Comp. Perelli, C., Picado, S. y Zovatto, D. San José de Costa Rica: IIDH-CAPEL, pp. 143-159.
- PERELLI, Carina (1995). *La personalización de la política, nuevos caudillos, outsiders, política mediática y política informal*. **Partidos Políticos y Clase Política en América Latina en los 90**. Comp. Perelli, C., Picado, S. y Zovatto, D. San José de Costa Rica: IIDH-CAPEL, pp. 163-204.
- PERELLI, Carina y ZOVATTO, Daniel (1995). *Introducción: Partidos políticos, liderazgos y consolidación democrática en América Latina*. **Partidos Políticos y Clase Política en América Latina en los 90**. Comp. Perelli, C., Picado, S. y Zovatto, D. San José de Costa Rica: IIDH-CAPEL, pp. XV-XXI.
- PEREIRA, Valia (1992). *Legitimación y Socialización política en Venezuela*. **Cuestiones Políticas**, No. 9. Maracaibo: LUZ.
- PEREIRA, Valia (1996). *La identificación democrática del venezolano en los críticos años 90*. **Seminario: La Crisis de Legitimidad de la**

Democracia Venezolana. Universidad Simón Bolívar. Caracas, 9-10 de mayo.

REY, Juan Carlos. (1991). *La democracia venezolana y la crisis del sistema populista de conciliación.* **Revista de Estudios Políticos**, No. 74 (nueva época). Octubre-Diciembre.

McGUIRE, James W. (1995). *Political Parties and Democracy in Argentina*, en **Building democratic institutions. Party systems in Latin America**, Mainwaring, S. y T. Scully (edit.), Stanford: Stanford University Press.

WEBER, Max (1944). **Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva.** Tomo I. México: Fondo de Cultura Económica.